

llos personajes que se mencionan en él, al igual que las instituciones que allí aparecen.

El *Computus* proporciona una visión más precisa de las relaciones topográficas entre la comunidad universitaria y el resto de la sociedad parisina que cualquier otro documento de la época. Y este potencial en el análisis económico, geográfico y bibliográfico demuestra su importancia para la historia de las universidades medievales en general. A pesar de esto la falta de orden, y en ocasiones la confusión en la transcripción del documento (como indica el autor), supone un reto a la hora de emprender su estudio y concretar su significado tal y como el documento se merece.

Sin embargo, asumiendo estas taras, las justifica aludiendo a su intención de ofrecer, en primera instancia una fuente prosopográfica de primera magnitud que ayude, por encima de refinamientos paleográficos, al estudio de la historia social de la universidad de París en el transcurso de la Edad Media.

En resumen, W. J. Courtenay no ambiciona que el análisis de los documentos nos dé una idea puntual de la historia, o como él mismo señala, de *abrir una ventana en el tiempo*, sino que procura de generalizar los resultados, pretendiendo así marcar unas pautas de comportamiento dentro de las variables económicas, sociales y geográficas del conjunto de los integrantes de la comunidad universitaria que existía en París a comienzos del siglo XIV. En este sentido se ha realizado un importante esfuerzo para retener el sentido del tiempo y del espacio, sin perder la referencia de la dimensión humana, la cual es a menudo, el eco más fiel del pasado. **Carlos de Miguel Pérez.**

FREEDMAN, Paul, *Images of the Medieval Peasant*. Stanford University Press. Stanford, California, 1999, 460 pp.

Resulta difícil ignorar el unánime reconocimiento que han merecido los trabajos que Paul Freedman ha dedicado al estudio del campesinado catalán en el medievo. Su más reciente producción sin embargo, desborda con mucho este ámbito, ya que la pretensión no es otra que la de ofrecer un análisis de la visión y las representaciones sobre el campesinado generadas por las clases superiores, que se vincula al mismo tiempo a un intento de conectarlas con las propias concepciones campesinas.

Freedman se propone mostrar el conjunto de representaciones contradictorias que integran el discurso supuestamente hegemónico sobre el campesinado, sin necesidad de obedecer a ningún tipo de constricción temporal y espacial, tratando de poner de relieve la dificultad de caracterizar al campesinado como un objeto para facilitar su opresión, y la complejidad que encierra la existencia de una determinada estructura de pensamiento de las élites respecto al campesino, que únicamente adquiere consistencia al precio del reconocimiento de ciertas tensiones, que convierten el sistema ideológico en maleable y en definitiva van a permitir la disensión, la reapropiación y la reformulación.

Este postulado se vincula a un planteamiento que propugna la insuficiencia de la ideología dominante. Insuficiencia que se proyecta en dos sentidos, en primer lugar su propia falta de univocidad como construcción ideológica, capaz de cobijar representaciones coexistentes e incluso contrapuestas, y en segundo lugar su incapacidad para promover una integración en términos de hegemonía cultural, bien sea esta entendida en su versión de falsa conciencia, o en la más general capacidad del poder para generar su propia naturalización.

Desde esta perspectiva, Freedman retoma elementos como la cuestión de la teoría de los tres ordenes en oposición a la interpretación que en su día preconizara Duby, contemplada como algo más que una legitimación de la clase nobiliar, algo más que una forma de mistificación, como una parte *ideal de lo real social*, en expresión que tomamos prestada de un conocido antropólogo, que sirve para la justificación, pero también para la crítica a la explotación. Es precisamente el reconocimiento de la falta de reciprocidad presente en la teoría, lo que implica la necesidad de elaborar explicaciones más complejas de la explotación y del trabajo campesino.

A partir de ahí surgen toda una serie de interpretaciones tendentes a justificar la desigualdad, que en todo caso chocan indefectiblemente con la dificultad de caracterizar al campesino como un *otro* para justificar su opresión, que se derivan de un lado de su carácter en ningún caso marginal y su necesidad para el mantenimiento del orden social, y de otro lado de su cristiandad.

Freedman se dedica a revisar todas las representaciones de orden literario, las formulaciones patrísticas y las herencias del pensamiento clásico tendentes a apuntar el carácter subhumano del campesino, su caracterización grotesca y la necesidad de su status servil como producto de su indignidad, en un conjunto de teorías que se presentan como una reelaboración de los viejos puntos de vista acerca de la esclavitud clásica; o aborda las explicaciones pseudo científicas de carácter bíblico o las formulaciones mitológicas de origen nacional tendentes a justificar la subordinación campesina y la pérdida de la igualdad originaria.

Pero como ya hemos apuntado, el sistema ideológico de representación del campesinado, aunque fuertemente sesgado en ningún caso es unidireccional. Así pues, Freedman se detiene en la existencia de elementos de ejemplaridad campesina, como descripciones de su astucia, su sentido común, o de manera más significada, el valor que se otorga al trabajo campesino, considerado como digno de estima, penitencial y causante de beneficios espirituales a los ojos de Dios. Elementos todos ellos introducidos como elementos compensatorios de una más que evidente ruptura de la reciprocidad enunciada en la teoría de los tres ordenes, en términos de *horizonte utópico*, que sin embargo se harán fuertes en los últimos siglos del medievo y van a contribuir a que en las grandes rebeliones campesinas la imagen del *campesino pío*, sea presentada como un elemento de superioridad moral por los rústicos, cercanos a Dios por sus medios de vida.

Freedman muestra como las mayores dificultades se encontraban obviamente en la legitimación de la servidumbre, percibida como la más inicua forma de

desigualdad y atentatoria contra la igualdad originaria y especialmente, frente a la idea del sacrificio de Cristo como liberador de la servidumbre del pecado, de tal modo que el rendir servidumbre aparecía como una violación de la libertad cristiana.

La compleja coexistencia de un conjunto de tópicos sobre el campesinado aparentemente contradictoria pasa a agudizarse durante los últimos siglos del medievo, en paralelo a las demandas campesinas de recompensa en este mundo.

De este modo, Freedman señala como, el lenguaje político empleado en las grandes revueltas de fines de la Edad Media no fue en absoluto de nueva creación sino que resulta ampliamente coherente con las formulaciones existentes hasta el momento, y es posible encontrar referencias a las cuestiones de la igualdad originaria, la defección de la nobleza en el cumplimiento de sus obligaciones recíprocas, o las imágenes del campesino piadoso mencionadas con anterioridad.

De la misma manera, las justificaciones elaboradas por los campesinos del mantenimiento de las escasas comunidades campesinas libres acuden a la apropiación de la ideología caballeresca en su equiparación de la libertad con el valor y la destreza militar.

Llegados a este punto, resulta fácilmente comprensible la alineación de Freedman con las tesis defendidas por J.C. Scott, señalando como nuestra concepción de la hegemonía proviene de la utilización de unas fuentes determinadas y planteando, esencialmente, los beneficios que puede proporcionar el empleo de los recursos ideológicos de la visión dominante. A la vez, el autor se interroga por la posibilidad de evaluar las auténticas concepciones campesinas del mundo, representadas en términos que pueden no coincidir exactamente con sus más profundas preferencias y recogidas en registros que no les son propios. Con todo, lo que resulta verdaderamente significativo es el establecimiento de un paradigma de inteligibilidad y mayor interrelación entre élites y culturas campesinas, que podían ofrecer formulaciones diferentes de un mismo aspecto, pero que lo hacían desde lenguajes comprensibles.

En suma, Freedman nos ofrece una restauración de las capacidades intelectivas y de acción del campesinado medieval que contribuye a disipar la imagen de indiferenciación que durante demasiado tiempo se ha asociado a nuestra propia percepción del mundo campesino. En el desarrollo de semejante empeño, en su dialogo con las últimas corrientes historiográficas, en el exhaustivo empleo de un dilatado corpus de referencia y en sus interpretaciones llenas de sugerencias, su trabajo adquiere el carácter de *obra mayor*, por más que a lo largo de este empeño se ponga de manifiesto la insuficiencia del concepto de alteridad para dar cuenta de la construcción simbólica del campesinado medieval. **Hipólito Rafael Oliva Herrer**